



A caballo entre la crónica periodística, el **panfleto**, el drama **campesino** y la literatura de quiosco, *Historia de España contada a las niñas* se apropia de eventos y lugares de nuestra **historia reciente** y nos los devuelve en la forma de un rompecabezas corrosivo, polifónico y vibrante. Secuestros, Rohypnol, **matriarcados**, galeristas desnortados, comunidades online de adolescentes anoréxicas y apariciones ovni dan forma a una novela coral hecha de retazos, un **relato despiadado** que, pese a todo, destila un constante deseo de redención.

Este libro resultó ganador del **Puchi Award 2018** y del **Premio Cálamo "Otra Mirada" 2018**.

LA CASA ENCENDIDA  
de fundación montemadrid

fulgencio pimentel









María Bastarós

*Historia de España  
contada a las niñas*

LA CASA ENCENDIDA  
FULGENCIO PIMENTEL  
*La principal*

## Índice

[Primera parte](#)

[Segunda parte](#)

[La verdadera historia de la forajida Lucy Clark \(entreacto\)](#)

[Segunda parte \(continuación\)](#)

© 2018 María Bastarós

© 2018 La Casa Encendida y Fulgencio Pimentel

[www.lacasaencendida.com](http://www.lacasaencendida.com)

[www.fulgenciopimentel.com](http://www.fulgenciopimentel.com)

Primera edición: octubre de 2018

Primera reimpresión: enero de 2019

Editor: César Sánchez

Editores adjuntos: Joana Carro,

Alberto G<sup>a</sup> Marcos y Raquel Vicedo

Diseño de cubierta delantera: María Bastarós

Diseño y maqueta de Daniel Tudelilla,

Joana Carro y César Sánchez

ISBN de la edición en papel: 978-84-17617-00-4

ISBN de la edición digital: 978-84-17617-46-2

*La camisa de la Lola,  
un chulo se la llevó.  
La camisa ha aparecido,  
pero la Lolita no.*

Sainete lírico, 1880

*Estoy brillando con highlighter  
¿No lo ves?  
Un clavel en mi melena  
¿No lo ves?  
He subido quince stories  
¿No lo ves?  
Mira que quiero ser buena  
¿No lo ves?*

*Brillo. J BALVIN feat. ROSALÍA, 2018*

## PRIMERA PARTE

Es la tercera vez que les pregunta si están seguros y la tercera vez que le contestan con paciencia que sí, que están seguros. No han recibido llamadas amenazantes. Ni emails críticos. No hay rumores de boicot. De todas formas, la tía se muestra nerviosa, casi irascible. No es su primera vez ante un público universitario, pero es la norma común entre las celebrities de Internet. Las redes sociales construyen una relativa seguridad de la que carece el mundo tridimensional: mientras allí las turbinas de ceros y unos transforman sus peroratas en likes, aquí puede pasar justo lo opuesto. Una cara bostezando, una furtiva mirada al móvil, y esa quinta pared que constituye la pantalla del ordenador implosionará.

Pese a las limitadas expectativas del público, la sala está prácticamente llena. Solo las dos primeras filas se mantienen vacías, testimonio del pudor de los asistentes. La Conferenciante observa las hileras de asientos-desocupados y se pregunta si los Insoportables aparecerán. Toda universidad tiene, como poco, un par de ellos. Aunque está habituada a su presencia, le provocan una pereza supina. Teme sus preguntas, astutas y capciosas, parapetadas tras cuadernos de notas trufados de pósits. Y le hastía ese regodeo en sus propias palabras, como si las relamieran con la punta de la lengua antes de expulsarlas. Resulta casi obsceno. Le recuerdan a ella misma hace veinte años. Una época dulce, en la que se tenía por depositaria de la Verdad con mayúscula. Ahora tiene, huelga decirlo, muchas más dudas que entonces. Pero no las esgrime. Su discurso tiene cerchas de acero en vez de piernas. No va a ir a ninguna parte.

Los Insoportables llegan por fin, casi al mismo tiempo. La Conferenciante los reconoce desde el primer instante. Con pasos de prestancia militar, alcanzan las primeras filas y se sientan forzosamente separados. Los dos despliegan ya una actitud de canibalismo intelectual. El recelo hacia ella es evidente, pero aún lo es más el que se guardan entre ellos. La observan como a una mariposa recién clavada a una lámina de terciopelo.

La Conferenciante desbloquea su ordenador y el fulgor blanquecino de la pantalla del proyector baña los rostros de los asistentes. La recién nacida masa de espectros se agita durante unos segundos, en una última concesión al nerviosismo.

—Gracias a todas y a todos por venir. —La voz de la Conferenciante suena demasiado aguda a través del sistema de sonido, como si tuviera una flauta atravesada en el esternón—. Vamos a comenzar.

Carraspea. Uno de los Insoportables ha levantado la mano. Algo le dice que la conferencia se alargará. En el centro de la pantalla, elevándose sobre la tirante trenza italiana que le difumina las patas de gallo, aparece el título de su reciente y polémico —«incendiario», según un número creciente de críticas— ensayo.

La Conferenciante lee en voz alta:

—*Contra el sexo*. —La Conferenciante carraspea de nuevo y continúa—: *Descapitalización de los afectos para la construcción de un entorno autosuficiente y autogestionado en el marco del libremercado*.

El texto en la pantalla puntualiza: «Un estudio de Laura Añón». A ella le habría gustado añadir algún que otro término más, tal vez «cosificación» o «hegemónico», pero el título cabe a duras penas en el lomo de la publicación.

La Conferenciante tenía sus reservas, pero lo cierto es que el enfoque estético de su editor ha dado sus frutos. El libro luce una estética punk, con una tipografía rosa sobre fondo amarillo que huele a verano y a festivales, tal vez

incluso a anfetaminas: un guiño intencional a la cultura popular destinado a animar las ventas. De momento —y pese a lo arriesgado del discurso— parecen haber despegado a lo grande. «Esperemos que no sea un efecto Challenger», repite en cada mensaje su editor.

Aunque todavía es pronto para considerarlo un bombazo generacional, no existe la menor duda sobre su calado. En ciertos grupúsculos de la izquierda más feminista y radical consideran a su autora una visionaria. Lanzadas a discreción desde su púlpito virtual, sus duras opiniones sobre Amanda Mahler, la estrellita progre de la llamada «nueva pornografía», se han transformado en titulares de los diarios digitales más leídos. La Conferenciante se ha convertido en la constelación más fulgurante de la galaxia de las redes sociales, y el hashtag #LauraAñón es trending topic desde hace semanas. Todos sus posts son visitados y compartidos una media de mil quinientas veces, y su perfil público no admite más solicitudes de amistad. En ello no ha influido solo su discurso, y la Conferenciante lo sabe. La principal diferencia entre Amanda Mahler y ella es que los tipos que se pajea pensando en la primera le proporcionan beneficio económico gracias a los constantes clics en sus vídeos online. Cuando se trata de la Conferenciante, deben conformarse con sus fotos en Facebook. Ella misma se ocupa de renovarlas con bastante frecuencia. Es una tarea —lo es para algunos— un tanto reprobable, pero lo cierto es que la Conferenciante nunca sexualiza sus autorretratos: no precisa de morritos ni de miradas zalameras; sabe que sus larguísimas piernas, su pintalabios oscuro y su ceñida pero sobria indumentaria de aire militar huelen a dominatrix, a bondage y a local de intercambio de parejas, un factor que entra en conflicto directo con su discurso y que hace mucho por su carrera. De la misma forma, es consciente de que todos los tipos del Círculo de Igualdad de SePuede, el partido líder de la oposición anticapitalista, le quieren meter la polla por el culo y follársela hasta

grabarle en la frente una constelación de heridas provocadas por las puntitas del gotelé de la pared, aunque ninguno pueda expresar abiertamente este deseo dado su evidente trasfondo patriarcal.

La Conferenciante se pone las gafas, carraspea gravemente por tercera vez y comienza a describir el núcleo de su ensayo, una reflexión bastante libre acerca de la hipersexualización en el siglo XXI. Respira tranquila ante el horizonte de la sala, sosegado y silencioso. Nada de pancartas, nada de puños en alto. No ha pasado todavía —y no puede asegurar que vaya a suceder—, pero cada nuevo evento abre un enorme y aterrador abanico de posibilidades. Los temas del ensayo, someramente esbozados, son:

- El sexo como último bastión del capitalismo hiperconsumista.

- Las aplicaciones móviles destinadas a la consecución del denominado «fast sex» como la apología máxima del usar y tirar, con sus implicaciones antiecológicas, antirrevolucionarias y, desde luego, antifeministas.

- El sexo como la obsesión más alienante de la contemporaneidad.

- El orgasmo como «opio del pueblo».

- El poliamor, el amor libre y las nuevas formas de relación como el disfraz progresista bajo el que se ocultan intereses meramente individualistas fácilmente relacionables con el capitalismo y el patriarcado. Y con la publicidad intrusiva. Y con las niñas explotadas en fábricas deslocalizadas en la India. Y con la deforestación. Y con Ronald McDonald.

Mientras habla, la Conferenciante pasa revista a un público cada vez más receptivo. La mayoría son mujeres de entre veinte y cuarenta años. Como excepción, algún varón desperdigado genera un pico en las líneas de cabezas más o menos homogéneas que emergen de los asientos.

En la última fila, discretamente situado en semipenumbra y aislado del resto de asistentes, un tipo con perilla, melena lacia y coleta baja se masturba en silencio. Mientras observa con ojos cándidos a la Conferenciante, fantasea con «la bolchevique». No se trata del alias de un viejo amor de su juventud revolucionaria, sino de una postura sexual ideada junto con sus compañeros de las Juventudes Comunistas durante una asamblea abierta a la que no acudió nadie. La postura, que fue denominada así en detrimento de «la internacional» por votación a mano alzada, es una virguería sexual algo enrevesada durante cuyo ejercicio la mujer, montada a horcajadas sobre el hombre, arquearía la espalda hacia atrás y flexionaría las rodillas usando como apoyo los talones —cerca ya del pino puente—, de forma que la confluencia de las siluetas de los amantes reprodujera la forma de la hoz y el martillo.

La Conferenciante mira al tipo y lo reconoce. Se trata de un cabecilla político, aún emergente, al que se augura un gran futuro dentro de esa «nueva izquierda» que la reverencia. Acude a casi todas sus conferencias, incluso a algunas fuera del país, y repite siempre el mismo numerito. La Conferenciante siente cómo sus pulsaciones se aceleran y se le humedecen las bragas, y concluye los ruegos y preguntas de los Insoportables de forma algo brusca.

Valeria y Miranda ven por primera vez un hombre desnudo el 23 de junio de 1988. Es una noche clara y sin estrellas, en un cobertizo oscuro y con termitas. El hombre se presenta como un montañero experimentado. Viene de la sierra de Cebollera, a poco más de una hora en coche de Beratón tomando la carretera N-111. Tiene los ojos pardos, la nariz aguileña como un anzuelo de pesca y un pene blancuzco y flácido, que resplandece en la semioscuridad del cobertizo como un diminuto pez en el fondo abisal.

La visión de aquel miembro de aspecto grotesco es un acontecimiento nuevo para Valeria y Miranda. Pertenecen a una de las primeras generaciones del Beratón libre de hombres y, aunque puntualmente han conocido a otros excursionistas, el intercambio de información nunca se ha tornado tan explícito. El hombre del pito blandurrio les ofrece vino y cigarrillos, placeres que Valeria y Miranda han probado antes y que no desatan en ellas el entusiasmo previsto. En cambio, la fascinación de ambas se divide entre el pene cada vez más erecto del visitante y la caja de galletas Napolitanas que asoma de su mochila.

Cuando las mujeres de Beratón notan su ausencia, hace cuarenta y cinco minutos que Valeria y Miranda dormitan arrebujadas en la palangana de la pickup del montañero, quejándose entre sueños del olor a pelo mojado y pienso que las envuelve como una manta de pastor.

### III

**AM**  
señores est viaje es la prueba definitiva  
para ser un lobo 10:34 ✓✓

**AB**  
tamos todos d acuerdo 10:34

**CJ**  
como llevais ls preparativos?? 10:42

**DG**  
casi todo ya metido en el Tiguan 10:43

Los Predictor de última generación incorporan tres mejoras principales:

Informan del tiempo exacto (días y horas) que la usuaria lleva embarazada.

Indican si la gestación está aún a tiempo de ser frustrada mediante el uso de una de las llamadas «pastillas del día después», cuya capacidad de acción se ha incrementado hasta el punto de ser capaces de detener un embarazo de un mes y medio de antigüedad.

Vibran cuando han generado las respuestas anteriores, una tecnología meramente destinada a mejorar de forma algo abstracta la experiencia de la usuaria, que si bien no resulta particularmente práctica, aumenta la percepción de modernidad y, por ende, la confianza asociada al producto.

Cloe desenvuelve la estrecha cajita de cartón que acaba de adquirir en la farmacia y deposita el papel cebolla sobre la repisa superior del váter.

A continuación, extrae el Predictor de su envase y orina cuidadosamente sobre la parte porosa del pequeño objeto blanco.

Su veredicto supondrá bien un gran alivio o el inicio de un incómodo proceso que podría llevarla a acabar reclinada sobre la fría camilla de su ginecóloga y con trescientos euros menos en su cuenta corriente.

No contempla la opción de tener ese bebé que ahora su naturaleza curiosa y las rémoras de su educación católica se empeñan en perfilar en su imaginación: gordito, rosado, con la nariz chata, sano, vestido de azul, vestido de rosa, dormitando bajo la mirada de vecinas metomentodo que se

detienen a poner nota mental a los recién nacidos del barrio, mientras sus madres, primerizas y asustadas, los pasean en brazos como si se tratara de bombas racimo. Lo imagina enfermo, con una malformación congénita que afecta al sistema respiratorio o al cardiovascular, risueño, llorón, con síndrome de Down, con Asperger, con los ojos azules, con la polio.

La maternidad es para ella un panorama aterrador que —piensa— la edad nunca conseguirá teñir de rosa, en contra de los invasivos pronósticos que ciertas amigas —los pezones manchados de leche materna transparentándose a través de camisetas de lactancia con horribles diseños coloristas de Desigual— le dirigen cada vez que tienen oportunidad.

Su madre le dijo hace años que cuando encontrase a la persona adecuada, cuando estuviera enamorada *de verdad* —ese «de verdad» que solo adquiere legitimidad al ser pronunciado por mujeres en matrimonios considerados *exitosos*, aunque su éxito se deba más a una resignación bien llevada que a un perpetuo estado de alborozo y disponibilidad sexual—, las ansias por quedarse embarazada acudirían a ella en tropel, como un ejército entusiasta que pasara veloz sobre su antigua vida, convirtiéndola en un arrasado solar del que solo asomarían algunos espumarajos de césped, secos y aplastados. El augurio, de momento, no se ha cumplido, aunque Cloe es consciente de estar enamorada *de verdad* y de que su pareja es el Mejor Novio Posible.

Cloe y el Mejor Novio Posible llevan juntos poco menos de un año y ella está segura de que juntos forman una pareja *perfecta y envidiable*. Se conocieron durante un festival de autoedición al que Cloe acudió junto a su prima X, una habitual de estos eventos cuya máxima es atrincherarse en el propio puesto y dar algún que otro paseo, sin socializar demasiado y mirando con desdén las publicaciones de aspecto más naíf.